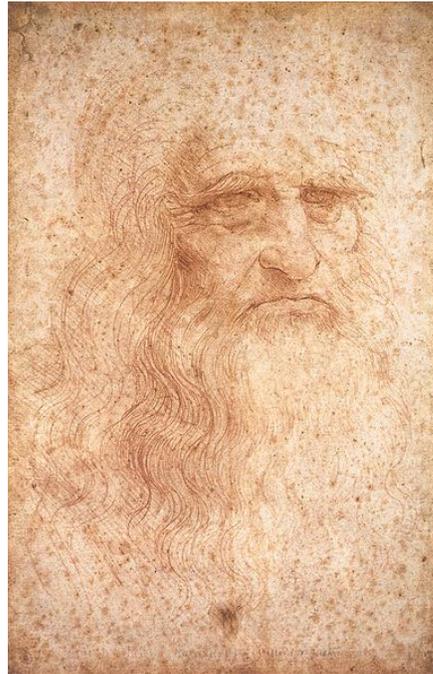




Leonardo Da Vinci



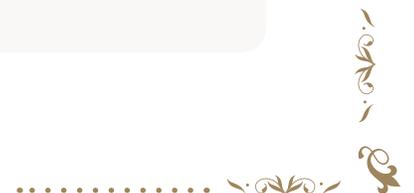
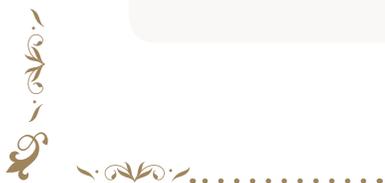
Dibujo de Leonardo da Vinci.

(...) Leonardo da Vinci ocupa un lugar destacado entre los grandes genios que ha producido la humanidad. No sólo fue un artista que enriqueció a Occidente con algunas de sus más sublimes obras pictóricas. También fue un genio en el campo de las ciencias: fundó un incontable número de disciplinas científicas, e hizo tantos inventos, descubrimientos y proyectos de ingeniería que su sola mención llenaría sobradamente las páginas de este capítulo.



Esta **dualidad** ha convertido merecidamente a Leonardo en el prototipo del humanista, en el hombre completo por excelencia. Sería muy difícil encontrar en la historia un rival capaz de competir con él en la variedad de sus intereses y la genialidad con que los desplegó.

Leonardo vino al mundo en incómodas condiciones. Fue el fruto de amores ilegítimos entre un joven noble florentino y una hermosa aldeana de nombre Caterina. Nació en 1452, en el ínfimo poblado de Vinci, y pasó sus primeros años de vida en las laderas del monte Albano, gozando del campo, el sol y la naturaleza. Muy pronto, a los cinco años, fue reclamado por su padre. Una vez casado y asentado, el joven florentino quiso **enmendar** sus errores de juventud. Había encontrado un honesto aldeano con quien casar a Caterina, y esto lo obligaba a traer al niño a vivir con él. Desde la llegada a casa de su padre, Leonardo manifestó estar dotado de infinitos talentos. No tardó en dejar atrás a sus compañeros y confundir a sus maestros. Como todo innovador, era autodidacta; no tenía paciencia ni siquiera con los libros. Prefería la observación, el ensayo personal y la experiencia. Parecía tener la necesidad de forjar él mismo y sin





ayuda de nadie su propio genio.

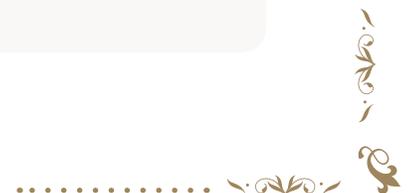
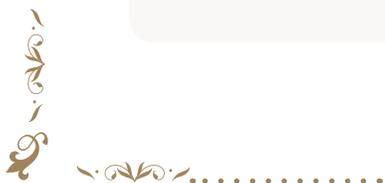
(...) Su gran pasión, sin embargo, era el dibujo.

Experimentaba un auténtico placer al bosquejar figuras con el trazo firme y vigoroso que lo caracterizaba. Le gustaba expresar movimiento y dinamismo, y lo hacía con tal naturalidad, que parecía estar jugando.

Su padre, viendo aquel talento, lo llevó a Florencia y lo instaló como pupilo en el taller de Andrea del Verrochio, unánimemente considerado el mejor maestro de artes de aquel tiempo. Corría el año 1468. Leonardo contaba entonces su primera quincena de vida.

La Florencia de aquella época era en sí misma una gran escuela. Las obras de Ghiberti, Masaccio, Brunelleschi y Fra Angélico se hallaban todavía frescas. Por donde se volviera la mirada había belleza esperando ser descubierta. Se trataba del escenario ideal para un joven principiante que aspirara a desarrollar su talento en las artes.

En aquella escuela sus dotes lo hicieron destacar de inmediato. Poseía un don misterioso: la escultura y la pintura se rendían a sus manos de aprendiz como si fueran las de un maestro. Avanzaba en días lo que a

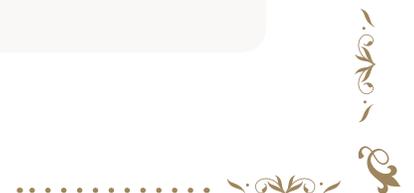
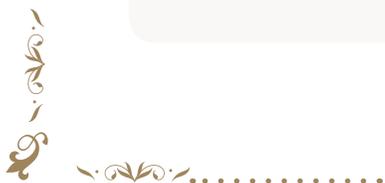




otros costaba años de práctica.

Afirman las fuentes que, poco después, sin él pretenderlo, se habría dado el lujo de desplazar a su maestro. Andrea del Verrochio pintaba un cuadro en el que se veía a san Juan bautizando a Cristo y le encargó a Leonardo representar un ángel en uno de sus ángulos. Según Vasari, “lo hizo mejor que las figuras de Andrea”. El gran Verrochio, “al verse superado por una criatura”, no habría vuelto jamás a tomar un pincel... Se trata, sin duda, de una hermosa anécdota, aunque no es preciso creerla del todo. En realidad, Verrochio continuó pintando sin sufrir jamás ningún complejo de inferioridad ante su discípulo. Vasari tal vez imaginó la historia como postrer homenaje a la genialidad de Leonardo. Valga entonces el antiguo adagio italiano: “si no es verdad, está bien inventado”.

Sea como fuere, el joven aprendiz no se contentó con el dibujo. Tal vez el arte constituyera su gran pasión, pero de ninguna manera la única. El mismo Vasari nos informa que diseñaba “molinos, batanes y otras máquinas hidráulicas (...). Todos los días hacía modelos y proyectos para cortar fácilmente las montañas y horadarlas con el fin de pasar de un lado a otro. Y por medio de palancas, grúas y montacargas, levantar





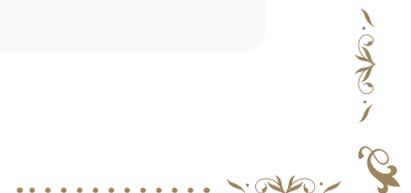
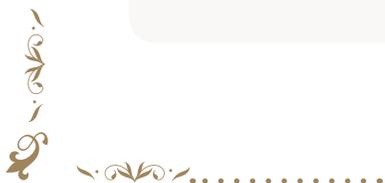
y arrastrar grandes pesos. Ideó la manera de vaciar los puertos y bombas para extraer agua de grandes profundidades...”.

Por si eso fuera poco, también poseía condiciones extraordinarias para la música, el canto y la poesía... Era simplemente un superdotado. Todo le interesaba y en todo descollaba.

Tal vez su única limitante era la terrible **dispersión** a la que sus propios talentos lo sometían. Atraído en infinitas direcciones, era incapaz de mantener fija la tensión que tales intereses requerían. Con el tiempo este curioso límite se transformará en una auténtica maldición. De hecho, Leonardo terminará sus días lamentando la cantidad de obras de toda índole que había dejado inacabadas.

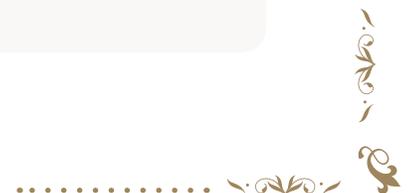
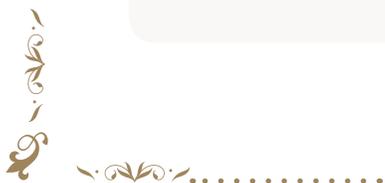
Por ese tiempo, sin embargo, aquel joven extraordinario estaba lejos de lamentar nada. Se encontraba en la plenitud de la vida y, a pesar de su origen, se había transformado en un completo aristócrata. Sus maneras eran refinadas y su trato, distinguido.(...) Su conversación era fascinante y su razonamiento, persuasivo. Poseía, además, una fuerza descomunal; era capaz de doblar una herradura de hierro con un puño, como si estuviera hecha de plomo. Simplemente no tenía de qué quejarse.

Sus primeros años lo habían confirmado en la





convicción de su propia **valía**: se sabía un genio y se permitía numerosos arranques de **divo**. Era muy consciente de la impresión que sus dotes causaban en su entorno y no se hubiera sorprendido al escuchar el juicio de Vasari sobre su persona: “hiciera lo que hiciera, toda acción suya resultaba tan divina que dejaba atrás a los demás hombres”. Su misma homosexualidad (una vez superado el primer escándalo) contribuía a rodearlo de un aura singular, bohemia, frívola y fascinante. Por donde se lo considerara, Leonardo resultaba único en su especie. El joven artista vivió en Florencia hasta los treinta años, cuando decidió partir hacia el norte en busca de nuevos horizontes. Había realizado ya obras importantes: retratos, Madonnas y algunos cuadros inconclusos. Pero consideraba que había demasiados personajes notables en Florencia y que, en medio de aquella muchedumbre, no se le prestaba la atención que se le debía. La paciencia nunca había sido su fuerte y, a pesar de su talento, existían otros pintores que le llevaban la delantera: Pollaiuolo, Ghirlandaio o Botticelli, por ejemplo. Es verdad que se había convertido en la figura más promisoriosa de su entorno, pero ¿cuánto años le llevaría situarse a la altura de los vejstorios que lo antecedían?



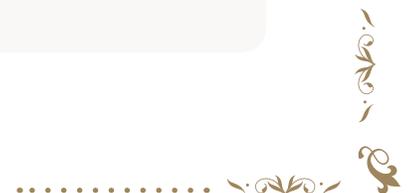
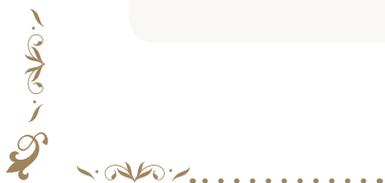


Lo cierto es que aprovechó algún encargo para trasladarse a la corte de Ludovico el Moro, en la ciudad de Milán, donde se presentó con la intención de ofrecer sus servicios. En su carta de introducción puso énfasis en los talentos militares que podría aportar al ducado, ya que, como todos los tiranos de su tiempo, Ludovico estaba implicado en infinidad de conflictos bélicos:

Conozco el medio de construir puentes muy ligeros y fuertes, muy fáciles de transportar también, que permiten perseguir al enemigo, y, si es necesario, huir de él, y otros más sólidos aún, que resisten el fuego y la batalla, cómodos, fáciles de construir y de quitar. Como la modestia no era su fuerte, añadió también, casi de pasada, que en cuanto a pintor no le iba en zaga a nadie. En realidad, tenía la esperanza de alcanzar el cargo de artista de cámara en el palacio de Ludovico.

Su recepción en la refinada corte de Milán estuvo lejos de ser triunfal. A pesar de sus talentos, en aquella ciudad era un desconocido. Durante algunos años tuvo que conformarse con sobrevivir a costa de encargos esporádicos.

A lo largo de aquella estadía tuvo el tiempo de dedicarse a dos *aficiones* que cultivaría a lo largo de

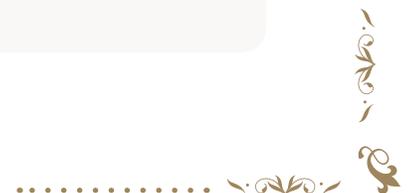
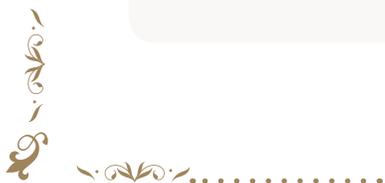




toda su vida: las máquinas de guerra y la anatomía. De las primeras, contamos todavía con un sinnúmero de diseños: poderosos cañones, fortificaciones de diverso tipo, complejos sistemas de defensa y ataque, máquinas sitiadoras, tiros de caballos armados con hoces y muchas cosas más. En ocasiones dejaba volar la mente creando en el papel aparatos que rozaban la ciencia ficción: rudimentarios modelos de tanques, primitivas ametralladoras, curiosos paracaídas, extraños helicópteros.

Leonardo sabía que aquellas máquinas de muerte constituían un objeto preciado en la Italia de su tiempo, y que bien podrían ganarle la voluntad de muchos potenciales mecenas. Diseñarlas constituía un modo de hacer carrera. No se equivocó. Más adelante prestó **asesoría** a César Borgia, el modelo político de Maquiavelo, sugiriéndole tipos específicos de lanzas, escudos y calzados para sus militares.

La anatomía también ocupó un lugar relevante en sus ocupaciones de aquellos tiempos. Comenzó un libro titulado De la figura humana. En esta obra, que jamás terminó, se preocupó de tomar sistemáticamente las medidas y proporciones del cuerpo humano, vertiéndolas en su célebre Hombre de Vitrubio. Y fue más allá; estudió las medidas del cráneo, los



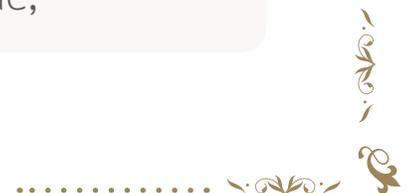
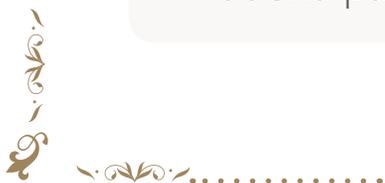


compartimentos del cerebro, las relaciones de los órganos internos.

Su curiosidad anatómica no reconocía confines: serraba y examinaba huesos, llenaba los órganos interiores con cera fundida para obtener un moldeado exacto, simulaba el funcionamiento de los músculos sustituyéndolos por hilos de metal... Llegó incluso a fabricar un corazón de cristal para estudiar la circulación de la sangre. Lamentablemente, sus observaciones se encontraban tan por delante de su tiempo, que apenas fue posible encontrarles alguna aplicación concreta en la medicina de la época. Tenía, además, la extraña costumbre de rodear sus dibujos con textos ilegibles, escritos de derecha a izquierda. Algunos dicen que lo hacía porque era zurdo; otros, porque así protegía sus secretos. Lo cierto es que, escritos de un modo u otro, casi nadie podría haberlos entendido.

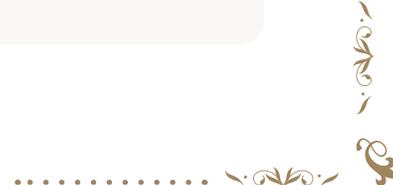
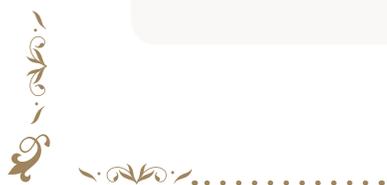
Años después comenzó a **disectar** cadáveres, lo que le permitió poner en duda muchas de las **concepciones** que su época había heredado de la Antigüedad y el Medioevo. Pese a todas las limitaciones de su trabajo, sus dibujos fueron durante siglos las reproducciones anatómicas más exactas con que contaron los especialistas.

Sumido en tales investigaciones, Leonardo pasó buena parte de sus años milaneses. Hasta que,



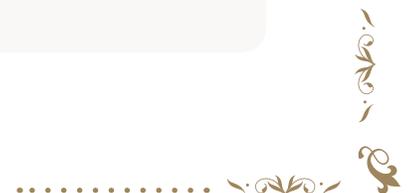
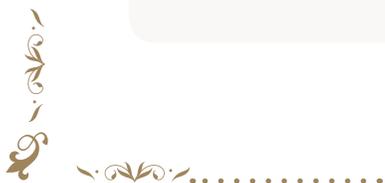


finalmente, algunas obras notables como La Virgen de las Rocas llamaron la atención de Ludovico el Moro. Para el artista fue un gran progreso. Inmediatamente pasó a emplearse establemente en la corte, donde acometió las obras más variadas: organizó obras de canalización, construyó y reparó edificios, pintó curiosas decoraciones, concibió el sistema de calefacción del palacio e incluso diseñó la decoración de las fiestas con que aquel soberano festejaba a sus súbditos. Esto último constituyó un escenario privilegiado para su genio. En manos de Leonardo, las recepciones **palaciegas** se transformaron en verdaderos despliegues de ingeniería: máquinas complicadísimas transformaban las salas de un segundo a otro: hacían volar ángeles, surgir dragones, crecer selvas, aparecer grutas... En una de aquellas fiestas sorprendió a la concurrencia construyendo una montaña de rocas en un salón y situando encima un enorme huevo. Tras diversos bailes el huevo se abría dejando ver los siete planetas y los doce signos del zodiaco, todo ello acompañado por “la música de las esferas”, de la que había hablado Dante en su Comedia. Se trataba de escenografías fascinantes, enteramente concebidas por Leonardo, y en cuya creación se sentía por completo a gusto. De esta época nos quedan también sus Notas de





Cocina, que incluyen gran variedad de recetas, y en las que el sabio reflexiona sobre todos los temas relativos al buen comer: desde la forma de preparar y presentar los alimentos hasta los instrumentos y precauciones que deberían usarse en la cocina. En el tono de estos apuntes, surgidos de mil observaciones dispersas, se advierte un temperamento tan genial como creativo. En ellos se expresan los esfuerzos de Leonardo por refinar los desastrosos hábitos de comida de su tiempo. En una nota crítica “la costumbre de mi señor Ludovico de amarrar conejos adornados con cintas a las sillas de los convidados, de manera que puedan limpiarse las manos impregnadas de grasa sobre los lomos de las bestias, se me antoja impropia del tiempo y la época en que vivimos”. En otra desaprueba el hábito de “limpiar los cuchillos en los faldones de los vecinos de mesa” y, más allá, manifiesta su desazón al examinar “los manteles de mi señor Ludovico, luego de que los comensales han abandonado la sala” arriesgándose, incluso, a sugerir una solución: la servilleta. Sabemos que este último invento fue difícil de imponer. Un informe del embajador florentino en Milán narra la reacción de los comensales ante la curiosa propuesta de Leonardo: “nadie sabía cómo utilizarla o qué hacer con ella. Algunos se sentaron encima; otros, se sirvieron de ella para sonarse las narices. Otros se la arrojaban





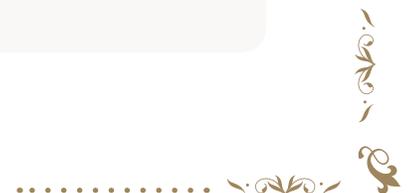
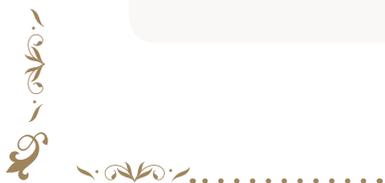
como por juego. Otros envolvían en él las viandas que ocultaban en los bolsillos. Y cuando hubo acabado la comida, y el mantel principal quedó tan sucio como en ocasiones anteriores, el maestro Leonardo me confió su desesperación de que su invento lograra establecerse”. Como siempre, Leonardo se adelantaba a su tiempo hasta hacerse incomprensible a sus contemporáneos.

Combinando sus propios intereses con los múltiples encargos que llegaban de la corte, Leonardo vivió en Milán hasta que la ciudad cayó en otras manos. En 1499 los ejércitos franceses invadieron el norte de Italia y pusieron fin al gobierno de los Sforza. En aquella coyuntura el artista marchó sin nostalgias a poner sus dotes al servicio de otras cortes: Roma, Florencia, Venecia, Mantua... Para aquel genio, tal como para los condottievi de la época, ni la amistad ni la política debían constituir ataduras; por el contrario, debían ser posibilidades.

* * *

(...)

A pesar de todos sus límites, la escuela dejada por Leonardo llegaría a ser extraordinaria. ¡Cuántos pintores darían sus primeros pasos en las artes siguiendo los suyos! El gran Durero, por poner el ejemplo más notable, emularía siempre al creador



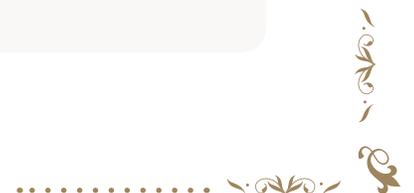
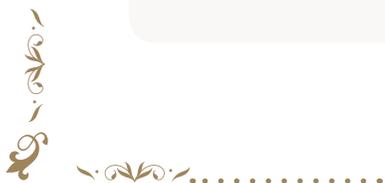


de la Batalla de Anghiari. Más aún. Cien años después de su muerte, el claroscuro de los grandes maestros del Barroco todavía evidenciaba las huellas nítidas que Leonardo había dejado en la pintura.

Al sentir sobre sí la sombra de la muerte, emprendió la ingente tarea de ordenar sus manuscritos, con la ilusa esperanza de publicarlos. Pero se hubiera requerido una energía titánica para imponer un orden en aquella inmensa masa de anotaciones dispersas. Ni siquiera en los tiempos de juventud había poseído aquel brío; mucho menos en el ocaso de su existencia.

Leonardo se despidió de este mundo el año 1519. Expiró en los brazos de su Mecenas, el rey de Francia, con la intensa tristeza de no haber logrado sistematizar sus conocimientos. Sólo recogía lo que había sembrado. Ni el sentimiento del deber ni el afán de gloria habían sido jamás suficientes para obligarlo a terminar lo comenzado. La historia se había repetido siempre de igual modo: empezaba un proyecto con entusiasmo desbordante, trabajaba arduamente por algún tiempo e, inevitablemente, llegaba el momento en que se cansaba de él o no lo consideraba a su altura. Fue el precio que debió pagar por su genialidad.

A su muerte, el más fiel de sus discípulos, Francesco

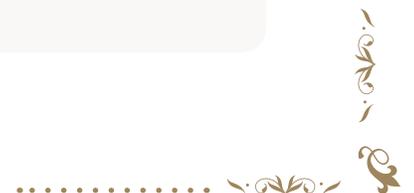
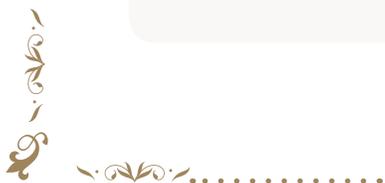




Melzi, heredó los manuscritos y compiló el *Tratado de la pintura*, un conjunto de observaciones prácticas y teóricas para pintores. Otro de sus discípulos, Giacomo Salai, el hermoso joven a quien Leonardo se lo permitía todo, heredó la mayoría de sus cuadros, entre otros, Santa Ana, la Virgen y el Niño, y La Mona Lisa.

No ha habido ningún biógrafo que no haya echado en cara a Leonardo la **exigua** cosecha que legó a la posteridad. El primero de todos ellos, Vasari, escribía: “hubiera podido hacer grandes aportaciones a las disciplinas humanísticas, si no hubiera sido tan inconstante y **mudable**, pues emprendía el estudio de muchas cosas, y al poco de comenzar, lo abandonaba”.

Lo cierto es que al final de su vida se llevaba muy poco. Dos obras maestras destrozadas por una técnica inadecuada (la Batalla de Anghiari en Florencia y la Santa Cena de Milán), dos inmensos proyectos escultóricos no realizados, algunos retratos notables, varios cuadros extraordinarios que nunca terminó y una multitud de bocetos, dibujos y estudios que aun hoy resultan fascinantes. A eso puede agregarse una multitud de otros intereses que jamás tomaron





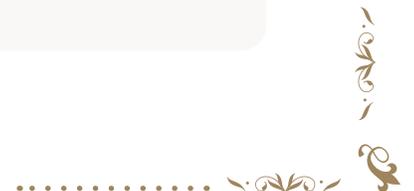
cuerpo: sus estudios sobre el vuelo de las aves y los diseños de máquinas para volar; sus aficiones musicales y sus esfuerzos por construir instrumentos; sus intereses gastronómicos, botánicos y literarios; sus sueños urbanísticos y los planos que diseñó para construir la ciudad ideal...

Así era Leonardo; durante toda su vida padeció de una auténtica **incontinencia** creativa. Los setenta años que vivió resultaron extraordinariamente **mezquinos** para desarrollar su genio. A pesar de su ancianidad, el tiempo le había jugado en contra. Su fin traía inevitablemente a la memoria la cruda reflexión del viejo Plinio: “amarga y prematura es la muerte de los que preparan algo inmortal.

Leonardo da Vinci: la fugaz encarnación del genio (fragmento)

GLOSARIO

- 1. Dualidad:** reunión de dos caracteres distintos en una misma persona o cosa.
- 2. Enmendar:** corregir, quitar defectos.
- 3. Dispersión:** acción de dispersar. Dispersar: separar, dividir, desordenar.
- 4. Convicción:** convencimiento.
- 5. Valía:** valor.
- 6. Divo:** divino. Personaje de gran mérito.





- 7. Aficiones:** *intereses, inclinaciones hacia alguna cosa o persona.*
- 8. Asesoría:** *acción de asesorar. Asesorar: dar consejo u opinión sobre algo.*
- 9. Disectar:** *abrir un cuerpo o un órgano con fines científicos.*
- 10. Concepciones:** *principios, ideas.*
- 11. Palaciegas:** *relativo a palacio. Que tiene que ver con palacios.*
- 12. Exigua:** *insuficiente, escaso.*
- 13. Mudable:** *que muda, que cambia.*
- 14. Incontinencia:** *falta de continencia. Continencia: moderación, control, sobriedad, medida.*
- 15. Mezquino:** *avaro, miserable, poco generoso.*

Elaborado por:
Gerardo Vidal en *El tiempo de las reformas y de los descubrimientos.*
Editorial Universitaria, 2009.

